

Servicio de la prensa española

Redacc.ⁿ y Admon.
57 y 19 rue Maubange.
París.

Año IV. ~ Núm.^o 487.

París 9 de Agosto de 1888.

La situación.

Entierro del general Ludes.

Como nosotros, todo el mundo preguntábase ayer si el entierro del general comunista Ludes daría o no origen a una colisión sangrienta entre manifestantes y representantes de la Ley. Temíase, no sin verdadera aprensión, que los desórdenes ocurridos en los días anteriores y la mínima luxelga de los obreros tomaran un nuevo aspecto con ocasión de la fúnebre ceremonia. - En realidad existían razones poderosas para creer que las cosas no se pasarían sin tumulto; que habría golpes y heridos... No nos hemos equivocado; sin embargo, no hemos de exagerar los sucesos - como hoy han dado en hacerlo ciertos periódicos - por muy lamentables que sean los incidentes, ocurrido desde la calle Réaumur, domicilio del que fue general de la Commune, hasta el Cementerio del Padre Laclaire.

El gobierno, por su parte, había tomado disposiciones excepcionales. El cuartel del Château-d'Orléans, la cárcel de la Roquette y algunos otros edificios pertenecientes a la Villa o al Estado rebosaban materialmente de guardianes de la paz, de guardias municipales y de gendarmes. Además, un regimiento en traje de campaña estaba consiguado en el cuartel del Château-d'Orléans, dispuesto para ponerse en marcha a la primera señal.

El tiempo favoreció de una manera espléndida el entierro. Puede decirse en realidad que hasta ayer no conocimos en París las primeras manifestaciones del verano. No es extraño, pues, que habiéndose fijado a las 10 la hora de la fúnebre ceremonia, mucho antes de las 9 las calles por donde debía pasar el cortejo estuviesen literalmente invadidas por inmenso gentío. Los balcones y ventanas estaban materialmente atestados de gente; gente había hasta encima de los kioscos, en las copas de los árboles y hasta en los rebordes de los tejados.

Cuando llegó el carro fúnebre a la casa mortuoria, la circulación era casi imposible desde la calle Réaumur hasta la plaza de la República. Afortunadamente, momentos antes de ponerse en marcha el cortejo, la policía mandó suspender mo-

mentáneamente el tránsito de carruajes, pues, de lo contrario, hubieran tenido que lamentar una multitud inmensa, Desgracias. Nosotros sin exageración calculamos que en el momento de ponerse en movimiento la comitiva habria una cien mil personas apiñadas en los alrededores de la casa mortuoria.

Aparece en fin el atand, que es colocado en el coche en medio del general recogimiento. El féretro, recubierto con un lienzo rojo se pende materialmente en el fondo del carruaje envuelto en una nube de coronas de todos tamaños y colores, dominando particularmente el color de púrpura. La mayor parte de las coronas, algunas alcanzando proporciones colosales, están formadas con rosas y claveles de rojo matiz, que impregnan el ambiente de agradable aroma y le dan una cierta impresión de frescura que contrasta con el calor de la atmósfera, á la sazón enrarecida y casi sofocante.

Pónese en marcha la comitiva, compuesta de un número inmenso de delegados de todos los Comités y sociedades revolucionarias de Paris; todas las cabezas se descubren como dando un postre adios al ex-general, y un grito formidable de "Viva la Commune!" resuena en el espacio yendo á perderse en los últimos grupos de curiosos estacionados en la plaza de la República, que en aquellos momentos presentaba un indescriptible golpe de vista.

Apenas se habia puesto en movimiento el cortejo, cuando por una boca calle aparecen los obreros de la huelga, que se habian retrasado. Llevan una corona de dimensiones enormes toda formada con claveles rojos, y vienen en perfecta formación como un regimiento de carabos. Sin confundirse con los demás del séquito, penetran y se distribuyen con el mayor orden en las filas. En aquel momento alguien advierte que los claveles rojos de la corona podrian hacer sospechar que los huelguistas pretenden dar á su espontánea manifestación un sentido determinada (sabido es que los boulangistas han adoptado el clavel rojo como signo de inteligencia entre ellos); entoncez se cubre la corona con transparente gasa de entubado color y queda salvado este pequeño escrúpulo.

La comitiva siguió en curso dando gritos de "viva la huelga!" y "viva la Commune!" hasta la plaza de la República sin ningun suceso. Sin embargo, allí previno, ya que las cosas no seguirian tan pacíficamente hasta el fin, como hubiera sido de desear. Montado en un landau descubierto en compañía de los de las hijas del difunto general Ludez, seguia á la comitiva Mr. Enrique Rochefort, el célebre director del Tránsito. Al llegar el carruaje enfrente de la magnífica estatua

en bronce de la República, la muchedumbre aclamó con entusiasmo al im-
penitente revolucionario en arbolando al mismo tiempo varios estandar-
tes rojos que hasta entonces se habían mantenido ocultos entre los ma-
nifestantes. Este fue el primer acto de imprudencia, puesto que se ha-
bían dado órdenes terminantes a la policía para que se opusiera enérgi-
camente a semejante exhibición. Así lo comprendió el mismo Ro-
chefort, esforzándose en recomendar a los suyos la conveniencia de
guardar las banderas rojas para cuando la comitiva estuviera en
el cementerio. Todos sus esfuerzos fueron vanos, y tanto insistió, sin
embargo, que le faltó poco para que los más exaltados empezaran
a pelear con él, lo cual, advertido a tiempo por Rochefort, obligó
a separarse del curso de la comitiva, dirigiéndose entonces al Padre
La Chaise por el faubourg del Temple, es decir, torciendo a la iz-
quierda para alejarse del núcleo de la manifestación y evitar
de este modo sus consecuencias.

El incidente Rochefort fue, por decirlo así, como el precursor
de los demás sucesos ciertamente lamentables que después ocurrieron.
Los últimos grupos del cortejo acababan de salir de la plaza de
la República para entrar en el boulevard Voltaire cuando de repente,
en medio de los gritos de ¡viva la huelga! ¡viva la Commune! que en-
sordaban el espacio oyense distintamente, a guisa de orden, los de
"¡desplegad la bandera roja!". El porta-estandarte del comité cen-
tral revolucionario fue el primero que intentó enarbolar la ban-
dera de aquel color; pero en aquel momento un grueso destacamento
de gendarmes aparece y se precipita sobre el grupo, rodeando el stan-
darte que fue arrancado de manos de su portador, siendo éste pre-
so y conducido entre una fila de agentes al Cuartel del Chateau-d'Éau,
en cuyo punto se había establecido un puesto de detención provisional.
Mientras los gendarmes se apoderaban de la bandera, oyese
un tiro de revolver, sin que pueda precisarse si el disparo lo ha
hecho un gendarme ó un individuo de la manifestación. Afortuna-
damente la bala fue a estrellarse, sin herir a nadie, contra el espejo
de una peluquería situada en el número 4 del boulevard Voltaire; pero
el pánico que se produjo en aquel momento no puede ser descrito. Los
curiosos linian en todas direcciones derribándolo y pisándolo todo, ancia-
nos, mujeres y niños. En cuanto a los manifestantes, a los sablazos de
los agentes y gendarmes contestaban a puñetazo limpio y a bastona-
zos; tres individuos hubo que se precipitaron dentro de un almacén
de vino, de donde salieron al poco rato repartiendo a sus compañeros
botellas vacías que les sirvieron de proyectiles contra las agente,
algunos de los cuales recibieron heridas de consideración.
Restablecido el orden, fueron levantados los heridos, en número
de una docena, y transportados a una farmacia vecina para su curación.

La comitiva, como si nada hubiese ocurrido, siguió en curso tranquilamente, y al llegar frente a la estatua del sargento Bobillot, adornada todavía con las banderas y coronas de la inauguración, los huelguistas levantaron al aire sus casquetes exclamando varias veces: "¡viva Bobillot! Abajo Ferry! Abajo el Tonkin!"

Eran las doce cuando la manifestación llegaba frente a la alcaldía del distrito onceavo. La comitiva en aquel momento seguía en curso con toda tranquilidad; pero he aquí que de súbito, cuando los últimos grupos se disponían a atravesar la plaza Voltaire, oyese un espantoso clamoreo procedente de la cola del cortejo. Hubo en aquel instante sobre el boulevard un remolino de cabezas humanas indescriptible y a la luz del sol ^{viose} entonces brillar infinidad de sables, moverse de una parte a otra con rapidez vertiginosa a toda una nube de guardias de la paz y replegarse la multitud. Desparorida en demanda de sitio seguro donde guarecerse. ¿Qué había sucedido? Al pasar por delante del puesto de policía, un desconocido hubo de arrojar en medio del cortejo una especie de caja de hoja de lata muy pesada, larga de 25 centímetros y 8 centímetros de diámetro, yendo a parar casualmente a los pies de M. Mouquin, comisario de policía. "Es una máquina explosible!" exclamó una voz. Al oír esto los ciento cincuenta guardias que estaban en el reten, salieron furiosos del cuartelillo sable en mano y sin que nadie les diera orden para ello, cargaron por cuatro veces distintas sobre la multitud, en la que causaron algunas víctimas. El tumulto, que fue extraordinario, duró como medio cuarto de hora. Los heridos fueron conducidos a las más próximas farmacias, y la manifestación, después de haberse replegado, siguió ya sin otro incidente hasta el cementerio del Padre Lachaise.

El cementerio estaba también tomado militarmente. A la una menos cuarto el cortejo, precedido de las dos tradicionales campanadas, penetraba en la necrópolis, desparramiándose como una inmensa avalancha por todas sus avenidas, deseando todo el mundo llegar primero para poder oír los discursos que iban a ser pronunciados al pie de la tumba de Gude. Llega el momento solemne; treinta mil cabezas quedan al descubierto; despléganse gran número de banderas rojas - aprovechándose de que esta libertad está permitida en el recinto del cementerio - y un clamor formidable estalla: "¡Viva la Commune!" Imposible, sin embargo, oír a los oradores. Véseles de lejos agitar los brazos y abrir la boca; pocos saben lo que dijeron Vaillant, y Jélio Pyat y Luisa Michel. todo el mundo, sin embargo, lo adivina.

Terminada la fúnebre ceremonia, a la salida prodijose también algún tumulto. Los guardias sentían verdadera comerezo por batirse y aprovecharon cuantos pretextos se les presentaron para cargar contra los manifestantes. Esta falta de prudencia no hay nadie en París que no la reproche. Balance de la jornada: Heridos y contusionados de una y otra parte, unos ochenta; presos, unos ciento cincuenta. - Detalle importante: de todos los manifestantes, los que se condujeron con mayor prudencia fueron los huelguistas.

Ultima hora: El local de la Bolsa del trabajo, mandado cerrar por el gobierno como medida preventiva, en vista de la actividad tumultuaria de la que en él se reunían, volvíera a ser conducido a un número número, a instancia del Consejo municipal.